

tud de su loqüela, aludiendo tal vez á sus estudios retóricos. Contrasta favorablemente con la verbosidad de este poema la brevedad severa de un antiguo epitafio de Cartagena, de un Marco Oppio (*Corpus*, núm. 3.493; Buecheler, núm. 224), que en ritmo iámbico, después del nombre del difunto, dice:

*Foresis ars hic est sita,
flet titulus se relictum.*

«Aquí yace el arte forense,» esto es, la facundia de un jurisconsulto; «el título sepulcral llora de quedarse abandonado.»

El progreso de la cultura intelectual, en la época de los emperadores Trajano y Adriano, que podía alabarse del más alto grado de riqueza, de civilización y de bienestar general, también en España ha producido poetas y rétores, como aquel Annio Floro, que escribió en Tarragona su tratado sobre si Virgilio era más bien orador que poeta, cuyo principio sólo se ha conservado. Tal vez un contemporáneo suyo era el poeta insigne de un epitafio encontrado hace unos diez y ocho años en Argavieso de Aragón, entre Osca y Pertusa.

XIV. Lo he publicado en el *Boletín de la Academia de la Historia* (vol. VIII, 1886, págs. 311 y siguientes). A pesar de que el principio del poema y la mitad anterior de los tres dísticos conservados ya no existen, lo repito aquí, con los suplementos de Buecheler, porque no debe faltar en esta antología ejemplo tan egregio de la poesía de los primeros siglos de nuestra Era (*Corpus*, núm. 5.839; Buecheler, núm. 1.113).

*Qui Tiberina colunt et qui sep]tem ostia Nili,
fulsit et in Grais ars tu]a clara viris,
dum cithara loqueris septe]m discrimina vocum
et dulces hilaris d]as fidibus numeros.
At nunc funereo tu]a consona pectine Sexto
fraternos planctus in]cinit icta chelys.*

El autor de estos versos suscribe su nombre: *L. Aemilii Paul]lini Materni*. Creo que era pariente de los Emilios Fraternos, Maternos y Paternos de Isona (*Corpus*, números 4.458, 4.460, 4.462), y tal vez idéntico con el amigo de Marzial Materno (X, 37, 1, 11). Celebra los talentos de su difunto hermano Sexto, á cuyo cognombre Fraterno tal vez alude el último verso. Pues le admiraron los habitantes de Roma y los de Alejandría, donde el Nilo abre sus siete bocas, como otro Orfeo, que, según Virgilio, cantó al son de la cítara *numeris septem discrimina vocum* (*Eneida*, VI, 645).

Rara es la mención de otras condiciones ó circunstancias particulares de la vida en los epigramas poéticos. En las montañas y selvas del alto Guadalquivir, cerca de Córdoba, y más río arriba, la caza debió haber sido muy lucrativa en los primeros siglos de nuestra Era. Un epigrama cordubense (*Corpus*, núm. 2.314; Buecheler, número 413), y uno de Peñafior (*Corpus*, núm. 2.335; Buecheler, núm. 412), celebran dos cazadores famosos, que murieron jóvenes. El uno era claro por sus caminatas extensas sobre montañas y valles y por el arte de poner fosas para coger fieras; el otro era también pescador y pajarero. Pero los versos, á fuerza de estar muy mutilados, no tienen gran mérito ni merecen figurar en estas páginas.

Hasta un panadero de origen griego, como lo indican sus nombres de Marco Acilio Erote, en Gandía, obtuvo el honor de un breve elogio poético, compuesto de fórmulas usadas (*Corpus*, núm. 5.975; Buecheler, núm. 1.457: la piedra ahora se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid). En Roma también los panaderos desde antiguo eran de extracción griega, como ahora en el Norte de Europa los confiteros suelen ser italianos ó de la Suiza italiana.

Conocido es cuán divulgada era en el mundo antiguo romano la afición á las carreras del circo, así en la Ciudad Eterna misma como en todos los centros de la vida provincial. En un lugar tan poco importante como lo era la

antigua *Valeria*, cuyo nombre se mantuvo en el de la moderna Valera de Arriba, entre Cuenca y Albacete, uno de los cocheros del circo fué honrado con un epitafio poético en dos hexámetros, de fines del siglo I (*Corpus*, núm. 3.181; Buecheler, núm. 123). En Tarragona, en Barcelona, en Itálica, los grandes mosaicos con representaciones de los juegos circenses atestiguan cuánto estaban en boga. Y en Tarragona también fueron encontrados dos epitafios poéticos de cocheros del circo (*Corpus*, núms. 4.314 y 4.315; Buecheler, núms. 1.279 y 500), ambos bastante luengos, de seis y siete dísticos, y de la segunda mitad del siglo segundo ambos. El uno, el de Fusco, de la facción de los Vénetos, ó de color azul, tiene al fin un senario iámbico griego, que dice: «de tus corridas hablará la eternidad,» y muestra imitación de Virgilio. El otro, de Eútices, siervo de Flavio Rufino y Sempronia Diofanis, se queja que al joven *auriga*, que se distinguió lo mismo en los carros de á dos como en los de á cuatro caballos, no le era concedida la gloria de morir en el circo, más que una enfermedad de los intestinos se lo llevó á los veintidós años. Termina con una invención feliz, y acaso original, amonestando al caminante que pasa para que esparza flores sobre su tumba, como tal vez le había aplaudido cuando vivo.

Todas las poesías hasta aquí mencionadas están escritas en el metro dactílico, en hexámetros y pentámetros. Raras veces los poetas de esta clase se sirvieron de otras formas métricas. Pero no faltan en la colección de los *carmina epigraphica*, indicada arriba, senarios iámbicos y septenarios trocáicos, y hasta coliambos, gliconeos y endecasílabos. España cuenta tres ejemplos de septenarios trocáicos y uno solo de endecasílabos.

XV. Uno de los escritos en septenarios es el epitafio de un muchacho de doce años, de nombre *Primitivus*, siervo de una Sempronia Paterna, encontrado en la antigua *Clunia*: parece que existe todavía en Peñalva de Castro (*Corpus*, núm. 6.338 n.; Buecheler, núm. 238). Está

mal copiado, y los suplementos no son del todo ciertos. Habla el mozuelo mismo, y se alaba de sus sucesos como cazador.

*Sive apros feroces fudi, ut grátus venantí seni,
sév cervos fugáces cepi, ut éram delició domus.
Mihi Paterna rúra lustrans instauravit mémoriam,
quáe mihi post honóres reddat cóntinens verí fidem.*

«Cuando maté los fieros jabalíes, ¡qué placer para el viejo cazador!—su amo, creo—. Cuando cogí los ciervos fugaces, ¡qué alegría para toda la casa! La patrona restauró el recuerdo cuando pasó por los campos, y así de mi gloria permanece un testimonio veraz». El que compuso estos versos tenía talento y gusto: los creo del siglo II.

XVI. El otro ejemplo, de la misma forma métrica, es de Tarragona y del siglo III. Estaba en el sepulcro de un militar de alto rango, un tal Lucio Alfidio Urbano, tribuno militar de la legión séptima, bajo el Emperador Antonino Caracalla, y le fué puesta la memoria por mandado testamentario, según el albedrío de su suegro, Cornelio Rustico (*Corpus*, núm. 4.137; Buecheler, número 245). Los versos dicen:

*Vive laetus quisque vivis, víta parvom múnus est:
móx exorta est, sénsim vigescit, déinde sensim déficit.*

Divisas de sentido similar, que exhortan al goce de la vida, ya que es tan breve, no son raros en la poesía sepulcral; pero ésta es tan original en la frase como en la forma métrica, que no la estimo inventada para este epitafio.

XVII. Un tercer ejemplo en septenarios trocáicos existía, pero ya no existe, en Tarragona (*Corpus*, número 4.350; Buecheler, núm. 235). Es de un literato del nombre griego de Clearco, que, según los restos de su

epitafio, sufrió casos extraños, robo por piratas, etc. Pero no se han leído enteros más que los dos primeros versos del poema:

*Hic Clearchus, qui dum vixit Græco magno nomine
nūcupatus, factis meruit nomen hoc et litteris.*

Siguen dos versos mutilados, de quienes se refiere lo que está dicho; seguían tal vez aún más. También este poema tiene sabor de originalidad y talento, que no es extraño, como se trata de un letrado que mereció su nombre por sus hechos y por sus letras, esto es, sus escritos. Era tal vez un profesor de retórica.

XVIII. El único ejemplo peninsular de endecasílabos, el metro predilecto de Catullo y de sus contemporáneos, se encontró en la colonia lusitana *Pax Iulia*, la moderna Beja de Portugal (*Corpus*, números 59 y 5.186; Buecheler, núm. 1.553), y dice:

*Quisquis præteriens sitam viator,
postquam termine legeris peremptam
me ætatis vicesimo, dolebis,
etsi sensus erit meæ quietis,
quæ lasso tibi dulcius precabor:
vivas pluribus et diu senescas;
qua mi non licuit fruare vita.
Si te flere iuvat, quidni ingemiscis?
Nise annorum XXV.
Inachus hæc materque Io faciebant.
I, potius propera, num qui legis, ipse legeris.*

Después de la alocución acostumbrada al caminante y la noticia que la sepultada, de nombre Nise, murió joven, á los veinte años más ó menos, ella misma continúa diciendo: «Sentirás el descanso de que gozo; pero ¿qué cosa más dulce puedo desearte, cuando estás cansado, sino que vivas más años que yo, hasta llegar á la senectud, y que disfrutes de la vida que á mí no fué concedida? Si quieres llorar, ¿por qué no gimes?» Sigue el nombre de la difunta,

en prosa, y en un endecasílabo más los de los padres que le hicieron el sepulcro, cuyos nombres Ínaco é Io son también griegos, y al final un hexámetro malo que dice al caminante: «Anda, ó más bien date prisa, porque tú que lees, pronto serás leído,» esto es, en tu epitafio. El lenguaje del poema es algo afectado; pero hay recuerdos de poetas célebres, como Horacio (Epístolas, I, 4, 8, *quid voveat dulci nutricula maius alumno*) y Persio (5, 151, *nostrumst quod vivis, cinis et manes et fabula fias, vive memor leti*), y su originalidad consiste sólo en el juntar acertadamente pensamientos nada nuevos.

Aumento grande á esta selección de ejemplos de la poesía sepulcral latina, cual floreció en los siglos primeros de nuestra Era en España, ofrecen los epitafios cristianos desde el cuarto y quinto siglo en adelante. Pero éstos no se pueden citar convenientemente antes de estar publicado el Suplemento á mi antigua colección de las *Inscriptiones Hispaniæ christianæ*, el cual ya está en prensa.

Pero la poesía no sólo tuvo ocasión de presentarse en las tumbas, aunque en ellas lo hizo con predilección. Hubo de vez en cuando un templo que dedicar, cuya erección merecía conmemorarse; un voto que ofrecer, el cual, por su particularidad, debía eternizarse. Dos ejemplos solos de esta clase de poesías nos ha conservado el acaso; pero ambos tienen un carácter singular y hasta local. El metro del uno es el predilecto de los dísticos dactílicos; el otro ofrece una variedad de metros.

XIX. En el grandioso y célebre puente sobre el Tajo, que á la moderna Alcántara de los árabes dió fama y nombre, existe, al lado de su entrada, un templo romano de escasas dimensiones. En el arco en medio del puente, ambos restituídos á su antiguo esplendor hace unos cuarenta años, está la grande inscripción en caracteres monumentales, puesta en dos ejemplares en ambos lados del arquitrabe, que indica que en el año de 105 de nuestra Era once pueblos de la Lusitania dedicaron á Trajano, el

Emperador reinante, esta obra magnífica, hecha á sus costas. El templo, muy sencillo, lo puso á la divinidad del mismo Emperador y de sus antecesores divinizados el arquitecto de la obra, añadiendo un poema en seis dísticos que ya no existe. Lo vieron y copiaron en los siglos xv y xvi algunos sabios viajeros italianos, uno, sobre todo, cuyo nombre ignoramos: lo he apellidado el Anónimo Taurinense, pues en un manuscrito de la Real Biblioteca de Turín se conserva su copia, que es mejor que todas las demás, incluso la de un ciudadano de Alcántara, alias no conocido, de nombre Hernando Pedrosa (*Corpus*, número 761, con los *Addenda*, pág. xl; Buecheler, núm. 878). El texto y la interpretación ofrecen alguna que otra dificultad; todo bien considerado, y siguiendo la autoridad del Taurinense, los seis dísticos, distribuídos en tres partes de á dos, son éstos:

^a *Templum in rupe Tagi superis et Cæsare plenum,
ars ubi materia vincitur ipsa sua,
quis quali dederit voto, fortasse requiret
cura viatorum, quos nova fama iuvat.*

^b *Pontem perpetui mansurum in sæcula mundi
fecit divina nobilis arte Lacer,
idem Romuleis templum cum Cæsare divis
constituit: felix utraque causa sacri.*

^c *Ingentem vasta pontem qui mole peregit,
sacra litaturo fecit honore Lacer:
qui pontem fecit simul et nova templa dicavit,
illic se solvit dis nisi vota litant.*

Los dos primeros dísticos, en un giro de frases algo afectado, con imitación de Ovidio (*Metamorph.* II, 5, *materiam superabat opus*), y con bastante verbosidad, prometen satisfacer la curiosidad de los que pregunten cuál ha sido el que hizo el templo. Los dos dísticos que siguen contestan á la pregunta: fué Lacer el que con su arte divino hizo el puente, nunca perecedero, y él mismo hizo

también el templo del César y de los divinos Augustos. Los dos últimos dísticos oponen, con sutileza, el puente consagrado al honor divino y el templo destinado á cumplir un voto, y por eso ambas obras deben «litar», esto es, ser gratas á los dioses.

En la suscripción á estos dísticos el arquitecto se dice con sus tres nombres, Cayo Julio Lacer, añadiendo que erigió el templo á su propia costa y con la ayuda de su amigo Curio Lacón, natural de la vecina Idaña, el cual tal vez fué el poeta que compuso los dísticos. No son éstos de un mérito sobresaliente; pero respiran el cultismo, como tal vez podemos llamarlo, de los poetas de la época de Trajano y de Adriano, como Juvenal y Floro.

De índole muy diferente es el último poema, algo extenso, que tengo que memorar.

XX. Uno de los generales del emperador Adriano, comandante de la legión séptima en León, que lleva de ella su nombre, muy aficionado, según parece, á la caza, hizo cercar un amplio distrito para este uso y lo dedicó á los dioses, erigiendo en él un templo á Diana, la diosa de la caza. Los cuatro lados del altar grande, que estaba delante de este templo, traen en el del frente la dedicación en prosa, con los nombres del dedicante, Quinto Tullio Máximo, natural de Africa, y en los otros tres lados tres poemas breves en varios metros. El ara forma una de las joyas del Museo epigráfico de San Marcos, junto á León (*Corpus*, núm. 2.660; Buecheler, núm. 1.526). Dice el primer poema, en siete hexámetros:

^a *Aequora conclusit campi divisque dicavit
et templum statuit tibi, Delia virgo triformis,
Tullius e Libya, rector legionis Hiberæ,
ut quiret volucris capreas, ut figere cervos,
^b sætigeros ut apros, ut equorum silvicolentum
progeniem, ut cursu certare, ut disice ferri,
et pedes arma gerens et equo iaculator Hiberno.*

Este poema, el más luengo de todos, refiere en lenguaje escogido y en versos de suma elegancia el fin de la dedicación del distrito de caza y del templo de Diana, y enumera las fieras que allí se cazaban: cabras montesas, ciervos, jabalíes y los potros de los caballos fieros, esto es, de los *asturcones*, como los llamaban los romanos, famosos en las carreras del circo, y lo mismo los métodos de cazar á pie y á caballo, corriendo detrás y cogiéndoles, ó con armas, cuchillos de hierro—que eso parece que indican los *disices ferri*, alias no conocidos,—y con lanzas arrojadas. No quiero callar que el *disice ferri* puede interpretarse también de otro modo, que sea dejarse llevar en un carruaje del nombre de *disiex*, alias desconocido. Cuál de las dos interpretaciones sea preferible, no lo sé decidir.

Los dos poemas siguientes son epigramas de elegante brevedad: el uno, en dos senarios iámbicos; el otro, en cuatro dímetros iámbicos:

^b *Dentes aprorum, quos cecidit, Maximus,
dicat Dianæ, pulchrum virtutis decus.*

^c *Cervom altifrontum cornua
dicat Dianæ Tullius,
quos vicit in parami æquore
vectus feroci sonipede.*

Ofrece con ellos Tullio á la diosa el botín de la montería, los dientes de los jabalíes y la cornamenta de los ciervos. El *æquor parami*, la paramera, es el ejemplo más antiguo de esta palabra indígena que tenemos.

Además del ara, se encontró junto con ella una plancha de mármol, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Contiene estos cuatro tetrámetros trocáicos:

^d *Donat hac pelli, Diana,
Tullius te Maximus
rector Aeneadum, gemella*

*legio quis est septima,
ipse quam detraxit urso
laude opima præditus.*

Faltan á todos los versos los últimos vocablos; de suerte que, entre los suplementos, la mayor parte ciertos—lo del tercero, *gemella*, es un feliz invento del doctísimo Padre Fita—, uno queda incierto, el del quinto. La piel puede haber sido la de un jabalí ó la de un oso; como la caza de osos en las montañas de Asturias hasta hoy existe, y como pieles de jabalíes nunca han tenido gran precio, me he decidido por la del oso. Los cuatro poemas abundan en reminiscencias de los grandes poetas, sobre todo de Virgilio y Horacio, y, en su conjunto, forman una prueba de la facilidad insigne de versificación que distinguía á su autor, tal vez el mismo Tullio Máximo.

XXI. Para concluir mi antología, vuelvo á los dísticos, y transcribo uno encontrado en Tarragona, en donde existe esculpido con mucho esmero, y con letras muy bellas del siglo II, en plancha de mármol blanco, empotrada un día en la pared sobre la puerta de entrada de una casa de huéspedes (*Corpus*, núm. 4.284; Buecheler, núm. 882).

*Si nitidus vivas, eccum domus exornata est;
si sordes, patior, sed pudet, hospitium.*

Es un juego feliz de palabras, digno de la época de Trajano ó Hadriano: no se reciben en la casa sino personas pulidas y de buena crianza; á otras no se les niega el hospedaje, pero sólo con vergüenza se les acoge.

En el hospedaje de esta antología de los más antiguos poetas líricos de la Península, no hemos recibido, de entre los casi setenta ejemplos que existen, más que veintiuno de los más pulidos; excluir los menos acertados, lo exige la ocasión que celebran. No quiero decir, por supuesto, al titular, como lo he hecho, esta colección de las pocas joyas

poéticas, que se pierden en el océano de miles de inscripciones latinas, en gran parte insignificantes, que todas las poesías aquí reunidas ó algunas de ellas sólo hubieran podido componerse en España y no lo mismo en Italia ó en cualquier otra provincia del Imperio romano. Pero como actualmente son las más antiguas que sabemos escritas en España, no sé si á un lector de juicio sutil, que las compare con cuidado con las semejantes producciones de otros países, no le sea posible observar en ellas ciertas particularidades, un cierto afán de expresarse con agudeza y finura, una facultad notable de variar formas y frases poéticas, que recuerdan cualidades análogas en ciertos poetas españoles de épocas posteriores. Es fácil que en esto me engañe; el extranjero, por cierto, en tales materias tiene poca competencia. El insigne colector é ilustrador de la poesía lírica española tal vez no leerá sin interés, y hasta lo hará con un placer benévolo, estos primeros ensayos de sus paisanos antiguos, los romanos de la Península, en el difícil arte de la versificación, que quizás así, como ya queda dicho, los llamaremos mejor con modestia, en lugar de concederles, por lo menos á todos, el noble título de poesía.

Como la mayor parte de estas poesías fué destinada á ornar las tumbas de queridos difuntos, me pregunto si en el progreso general de la civilización, en este colmo de cultura intelectual de que nos gloriamos los hijos del siglo actual, tenemos en nuestros cementerios lujosos algo de igual ó semejante en número, delicadeza y perfección, á lo acostumbrado entre griegos y romanos hace ya tantos siglos. Parece que el gusto refinado de la poesía helénica que aún resplandece, hasta cierto punto, en los más sencillos de aquellos epitafios romanos, todavía no ha renacido entre los modernos, con muy pocas excepciones. Me acuerdo haber leído en suntuoso sarcófago de mármol, puesto á la memoria de un joven prócer ruso, en el cementerio hermoso de uno de nuestros baños más favorecidos en Alemania, en donde murió muy niño, un verso griego que dice:

La luz que de tí resplandecía era como la
del lucero de la mañana.

Raro ejemplo de un pensamiento, en verdad poético, usado á tal propósito. De algunos de los epitafios latinos, conservados en España, resplandece un reflejo remoto de la luz con que antes de muchos siglos lucía la poesía griega y romana.